

	MES	TRIMESTRE
Madrid...	10 rs.	30
Provincias...	12	34
En el extranjero...	24	70
En las Antillas...	24	90
Filipinas...	24	100

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea por cada día. Los precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remisos y descuentos a precios igualmente convencionales.

El Eco de España se publicará todos los días excepto los lunes y las grandes festividades nacionales.

AÑO IV.

ADVERTENCIA

En atención a la gran solemnidad del día de hoy, no se publicará mañana el Eco de España. Si ocurriese alguna circunstancia extraordinaria, lo daremos a conocer a nuestros lectores por medio de un suplemento.

CRÓNICA PARLAMENTARIA

Ya tenemos ministerio lo menos para cuarenta y ocho horas y eso que mañana es día del Corpus, y hay asueto hasta para estos nuevos jueces.

Nos acostamos ayer en la esperanza de un ministerio Salmerón. Pero en vez de adoptar resoluciones se tomaron precauciones.

Las precauciones sólo sirven para espantar la caza, cuando sirven para eso.

Pierrard, alarmado, se fué al ministerio, y como el que da primero da dos veces, dió fin y sepultura del ministerio nombrado. ¿Qué tal será esta situación cuando no se atreve con Pierrard y Pierrard la vence y la subyuga?

Muerto Salmerón en flor, se encargó Castellar de resucitar a Pi, y lo que ha hecho ha sido presentarnos en escena la estatua del Comendador. Pi es una especie de convidado de piedra.

La Asamblea ha aborotado al fin un ministerio.

Ahora, como aprendemos por qué quieren los federales abolir las loterías. Ellos no quieren lotería más que para sacar ministros.

Manes del marqués de Miraflores. Ya está en práctica la insalubridad para nombrar ministros, y eso en tiempo de república federal; por que no otra cosa que lotería es insalubridad es el sistema planteado ayer en las Constituyentes.

El Sr. Pedregal está dado a todos los diálogos, y con razón. Ha perdido su ministerio al golpe de aquel pasquin que apareció en todas las esquinas de la capital, preguntando «¿quién es Pedregal?» Y en verdad, que esta interrogación fué lo mismo que una puñalada.

Pero vamos a cuentas. ¿Quién es Ladio? Ladio es un apellido mallorquín, y al federal que lleva este apellido le ha caído el premio gordo en esta lotería; esto es, el ministerio de Hacienda.

Lo que hay es que como ahora no se pagan por el Tesoro los premios de la lotería, nosotros creemos que el Sr. Ladio se contentará por ahora con la aproximación.

Afortunadamente el primero que saldrá del ministerio será el Sr. González, y proponemos como cuestión de desagravios que entre en Gracia y Justicia el Sr. Pedregal.

Pero, señores, ¿qué tiempo hemos llegado? ¿Es este Gobierno? ¿Es este Nación civilizada? ¿Son estas las ideas nuevas que nos habíamos regenerar?

No podemos continuar. Esto es una pesadilla. Dejémos que pase, y veremos de coordinar nuestras ideas para hablar más seriamente.

El caso es que no podemos traer aquí a cuantos los dos o tres nombres conocidos que vemos en la combinación, porque ni siquiera comprendemos cómo han consentido en ese despropósito.

Verdad es que, según dicen, si no se arregla algo, que se parezca en la forma a una lista de ministros o cosa parecida se hubiera andado ayer a tiros en Madrid.

Esta ya es razón de más fuerza; pero ¿se habrá evitado con lo hecho que se ande a tiros mañana?

No es esto lo peor del caso. Lo peor es que Pi ha ofrecido dominar la cuestión de orden público y hacer que impere la ley. Así, como quien no dice nada.

¿Qué escarnimiento, pueblo español! ¿Qué expiación y qué vergüenza!

Basta por hoy.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO

MADRID, Jueves 12 de Junio de 1873

PUNTOS DE SUSCRICION.

Madrid.—Administración y Redacción del periódico, calle de la Visitación, 8, 2.

Extranjero.—París, para suscripciones y anuncios, C. A. Saavedra, rue Lafayette, 55.—Para suscripciones también, librero de E. Denon, rue Favart, 2.

London, para anuncios y suscripciones, C. A. Saavedra, 1, Cecil Street Street Strand.

En Madrid la suscripción se abonará en efectivo. Las de provincias del propio modo, por libranza, del giro postal, o de los correos, y tan en pesetas de exacta realización a favor de la Administración de esta última manera a bien ha tenido ad hono en efectivo, se servirán las suscripciones.

El importe de las suscripciones se envían en cualquier clase de g. se publica que sean certificadas.

NÚM. 1,016

SATURNO Y SUS HIJOS.

La revolución ha devorado otro hijo: el señor Figueras ha sido la víctima. El hombre del 11 de Febrero, el espíritu que animaba a la república el 24 de Febrero, el 8 y 24 de Febrero y el 23 de Abril, ha tenido que huir de los republicanos, dirigiéndose a Francia, según unos, permaneciendo oculto en Madrid, según otros, y habiendo sido, según versión de los más, buscado en las primeras horas de la mañana de ayer, para ser preso por sospechoso a la república.

Ruiz Zorrilla, el más inteligente y más sano de los revolucionarios, tiene que huir buscando un asilo en Portugal, sustrayéndose a las iras de sus co-autores de revolución. Amadeo de Saboya, traído por los revolucionarios, tiene también que marchar, para librarse de una catástrofe. Serrano tiene que ocultarse y marchar subrepticamente, para no caer en manos de sus amigos y auxiliares de 1868: Topete es preso por los mismos a quienes con su insurrección sacó de la nada y llevó a las alturas del poder: Figueras, el gran difusor de la Reina, es preso, llevado al ministerio de Hacienda, y allí, objeto de los más humillantes tratamientos y de los más soeces insultos, y conducido después a la cárcel pública por sus antiguos amigos, por los más amigos, pues eran los más revolucionarios, teniendo, por último, que emigrar a Portugal y de allí a Francia.

Ayer tocó el turno a Figueras, que también huyó a Francia, escapando de los republicanos, después de haber abandonado el puesto que cuarenta y ocho horas antes le habían confiado las Cortes, y sólo ante las Cortes debió haber resignado. En Francia se encontrará todos, y al contemplar el inmenso daño que han causado y del cual serán responsables ante Dios y ante la historia, podrán repetir a coro la frase del señor Figueras, que tiene grandes motivos para repetir: «Bendita sea la revolución!»

Allá quedarán esperando a Castellar, a Pi, a Estévez y otros que los seguirán bi n pronto, si tienen la fortuna de librar como los anteriores prófugos, y ganar la frontera sin perderse alguno personal, cosa que cada día se hará más difícil, por razones fáciles de comprender. Allí irán todos a deplorar sus errores, a sentir sus remordimientos y renegar de la revolución; les hacemos esta justicia, pues no queremos creer que voluntariamente mueran en la impetencia final. (Como se ve la mano de la divina Providencia en el curso de los acontecimientos y en la suerte que ha cabido a los principales revolucionarios.)

Los sucesos de ayer habrán sorprendido a algunos y quizás a muchos, mas no a nosotros, que los teníamos pronosticados con la certeza del que ve venir desde lejos un viajero y anuncia su llegada como un acontecimiento natural. ¿Qué sucedió ayer? Lo mismo, exactamente lo mismo, perfectamente estereotipado de lo que sucedió el 11 y 24 de Febrero, el 8 y 24 de Marzo y el 23 de Abril: ni más ni menos.

Eran los intrasigentes, imponiéndose a la Asamblea para que nombrase un ministerio, como en la noche del 11 de Febrero se impusieron para que proclamara la república; como se impusieron en la tarde del 24 del propio mes, para que se expulsara a los ministros radicales; como se impusieron en la tarde y noche del 8 de Marzo para que se señalara un plazo perentorio para terminar las tareas legislativas; como se impusieron en la tarde y en la noche del 24 del mismo mes, para que en aquel mismo día acabara la Asamblea; como se impusieron en la tarde y noche del 23 de Abril para desarmar a la antigua Milicia y arrojar violentamente a la comisión de la Asamblea, después de haberla disuelto más violentamente por un decreto.

La jornada de ayer, que es una estereotipia

de las citadas, podrá ser un triunfo para la república, pero es un triunfo como el de Pirro; un triunfo que destruye al vencedor. Porque la jornada de ayer no es más que un prólogo; lo que falta es lo principal. La solución dada ayer a la cuestión promovida el sábado, es una solución para unos días y tal vez para muy pocas horas: el ministerio se encontrará pronto con la oposición de los que ayer obligaron a crearle y tendrá que hacer lo que ha hecho el anterior: no se tardará en comprender la exactitud de lo que decimos.

El soberano no es la Asamblea, ni el Sr. Pi ni nadie; es el pueblo soberano, ayer llamado por grandes carteles encarnados a ejercer una de sus prerrogativas y a salvar a la república: ese soberano, por demás descontentadizo, mostrará muy en breve, por una de sus augustas veleidades, que no le agradan los ministros, y será preciso presentar otros a su aceptación, de lo cual se encargará el Centro republicano, que cuenta con los elementos que ayer se complació en exhibir al público.

Ese es el progreso; el movimiento de avance de la idea; la vida de acción de la república: cuanto más se adelante, más violentas serán las soluciones: hasta ahora se ha salido bien, mas no puede augurarse lo mismo de lo porvenir. Por de pronto, las Cortes Constituyentes han muerto a los cuatro días justos de constituidas: ¿qué pueden hacer y que significación tienen desde ayer? Se sabe por dónde han entrado, mas no por dónde saldrán: tenemos, acerca del particular formado nuestro convencimiento, que antes de ahora hemos indicado a nuestros lectores.

LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS

«Quare fremuerunt gentes et populi meditati sunt inania?» (SALV.)

«Llegamos a la plenitud de tiempos», decía a la raíz de la revolución de Setiembre uno de los falsos apóstoles de la democracia, entonces oculto de las turbas inconscientes y hoy relegado por ellas al olvido y obligado a vivir oculto o retraído para sustraerse a vejaciones o ultrajes personales.

Y sin embargo, sus palabras tenían algo de verdad; sus presentimientos eran en cierto modo fundados, y sus vaticinios no iban de todo punto desatinados, puesto que han entrado en vías de ejecución.

Nos acercamos en efecto, y acaso hemos llegado ya a la plenitud de los tiempos; pero de los tiempos revolucionarios, de los tiempos de horrible confusión de feroz anarquía y de espantosa desolación, anunciados y temidos por todos los hombres previsores y honrados.

Es preciso retroceder muchos siglos para encontrar una época histórica que tenga algún término de comparación con la que España viene atravesando desde la revolución de Setiembre. Ni las depravaciones babilónicas, ni la prostitución bizantina, ni el feroz vandalismo de los pueblos nómadas del Norte, cayendo como un torrente destructor sobre los pueblos de la Europa meridional, ni el vértigo que a fines del siglo pasado se apoderó de la Nación francesa, anegándola en sangre y precipitándola en los horrores de la revolución, llegarán nunca al extremo de postación, de decadencia, de anarquía y de rebajamiento moral a que se ha llegado en la España revolucionaria.

Bajo este punto de vista bien puede decirse que hemos llegado a los tiempos apocalípticos, tiempo de inmensa perturbación, de horrible impiedad, de insostenible tiranía, de espantosas catástrofes, precursores de otros más bonancibles y serenos, en los que se afirmará para siempre el imperio de la verdad sobre las tinieblas del error.

La revolución ha hecho su camino y está al

fin de la jornada; ha cumplido su misión demoledora, y se agita en las convulsiones de su horrible agonía, haciendo sufrir al país ansias mortales y estremecimientos dolorosos.

No es posible vivir así. La situación actual no puede prolongarse ni aun lo que falta de mes. Las grandes ciudades están entregadas a las turbas desenfrenadas, y los pueblos y aldeas a los sicarios o a los vagabundos: el ejército se halla en completa insubordinación; los francos en rebelión abierta contra sus jefes, hostilizándose unos a otros vejando a las poblaciones y llevando el soborno y la inquietud al seno de las familias; los voluntarios de la república ejerciendo presión sobre la Asamblea e imperando absolutamente en las respectivas provincias o localidades; la autoridad no existe, el Gobierno es un mito y la Asamblea, Constituyente una Babel, o más bien un circo de gladiadores, dispuestos a venir a las manos.

Aquí nadie se entiende, a nadie se respeta, nadie obedece y todos quieren mandar para tener el gusto de verse desobedecidos; las clases acomodadas huyen o están sobrecogidas, temiendo verse privados de sus bienes; y las clases pobres perecen en la miseria por falta de trabajo debido a la anarquía y al desorden que prevalece en todas las esferas sociales, y a la ineficacia de las leyes para proteger la seguridad personal.

En medio de ese caos, de ese general desorden, de esa perturbación inmensa, que acrece de día en día, y que contribuye a fomentar con sus exageraciones y alarmantes proyectos los diputados federales, ninguno de ellos se cuida de poner remedio, ni se preocupa de modo alguno con la triste suerte del país. ¿Qué le importa a ellos que la patria sucumba si la demagogia está satisfecha y el caciquismo local consigue realizar sus aspiraciones egoístas? ¿Para qué han proclamado la república federal y el advenimiento del proletariado, sino para destruir la unidad nacional, para hacer impasible todo Gobierno, y para vivir con sus satélites al amparo de la anarquía?

Por eso la Asamblea constituyente, fraccionada y disuelta desde su origen, no ha podido formar un Gobierno y ha creado la más inverosímil y sorprendente interinidad: por eso han rechazado como ministros a los que pocas horas antes había honrado con su confianza, nombrándolos vicepresidentes de la Cámara; por eso los intrasigentes, los socialistas y los agrarios combaten al Gobierno por lo que ha hecho y a la Asamblea por lo que suponen que puede hacer, y la amenazan con las turbas, y concitan contra ellas las malas pasiones.

Hace pocos días, después de increpar duramente a la Asamblea, decía un periódico federal: «Despierta, Cataluña! Prepara para acabar con los farsantes y con los traidores!» y la misma excitación dirigía el colega aludido a otras provincias y ciudades donde cuenta el socialismo federalista inmensos prosélitos. El mismo lenguaje, las mismas amenazas se usan en los clubs, que sin duda, obedecen a la misma consigna, de convertir a la Asamblea, y por medio de esta al Gobierno, en dócil instrumento de sus ambiciones y de sus miserias, o en otro caso deshacerse de ella, promoviendo un pronunciamiento o movimiento insurreccional en las provincias en que cuenta el socialismo con mayores y mejor organizados elementos.

No es, pues, extraño que al ver tantas locuras, al considerar a qué extremo desconcierto y de furor han llegado los republicanos en quienes deben suponerse mayor prudencia, más reflexión, patriotismo y exacto conocimiento del estado angustioso del país, Figueras trate de ir a descansar al extranjero; que Pi y Margall se manifieste desesperanzado, aburrido y quejoso, y que Castellar, justamente alarmado al ver las tendencias de sus correligionarios hacia la li-

quidación social, y al contemplar el triste espectáculo que está dando la Asamblea y la prensa republicana, haya dicho con su acostumbrada espontaneidad en un momento de dolorosa inspiración, «que en España hay sobreabundancia de libertad, exceso de indecisión» y nosotros añadimos: plétora de anarquía, de libertinaje, de egoísmo y de corrupción.

Por un momento llegamos a creer que el Gobierno republicano lograría, aunque por poco tiempo, conservar la autoridad dentro de su mismo partido, y que la Asamblea, por espíritu de propia conservación, le prestaría su apoyo para restablecer el orden público, escandalosamente perturbado en toda la Nación; pero, lejos de ser así, los diputados federales han venido a aumentar el desorden, a sancionar la anarquía a excitar de nuevo los malos instintos de las turbas, a desautorizar a los hombres del poder y hacer de todo punto imposible la formación de un verdadero Gobierno.

Porque no hay ya Gobierno posible con la revolución, o lo que es lo mismo, con la república, creemos firmemente que su fin está muy próximo, y que nos acercamos a la plenitud de los tiempos, o sea a los tiempos de orden estable y de verdadero Gobierno, libres ya del funesto contagio del liberalismo revolucionario.

EL MOTIN DE LA SEMANA

No vemos dificultad en que semanalmente, a imagen y semejanza de lo que sucedía allá en el bienio, de feliz recordación, tenga lugar un motín más o menos trascendental, siquiera sea para que no se enfrie el entusiasmo federal. Y a í que no han de faltar motivos más o menos poderosos para ello, y en caso de apuro, bastará que unos cuantos ciudadanos, muy conocidos en su casa, abrogándose la representación del pueblo, que por lo visto tiene sobre de representantes, exclamen: «La república peligra», para que cada voluntario empuñe el fusil y se disponga a ganar su par de pesetas, sin más trabajo que estacionarse durante algunas horas en el ministerio de Hacienda o en el palacio de Medinaceli, convertido en cuartel general de las fuerzas ciudadanas, por la voluntad del pueblo, pero no por la de sus actuales poseedores, ni por la de sus tranquilos, y con harta frecuencia molestados habitantes.

La era de los motines semanales se reproduce, pues, para no echar en olvido tan patriótica costumbre, viniendo a ser para el pueblo armado, como una manera de dar a conocer su voluntad, oportunamente dirigidos por alguno de sus adalides más renombrados, que se proponga imponer la suya particular a la Asamblea, que, por autonomía sin duda, se titula soberana.

Hemos tenido ya un 11 de Febrero, un 23 de Abril y un 11 de Junio. ¿Por qué, pues, no hemos de ver continuarse tan bella tradición interin dura la república?

Si los indicios no mienten, no debe estar muy lejana la gran liquidación del género humano, y nos parece señal evidente del próximo fin de fiesta la creación de esa quisquosa, de ese cien pies que se llama ministerio Pi, parto de los montes de la fecundidad republicana.

¿Cómo andarán los federales cuando sólo se les ha podido ocurrir para consuelo de sus penas la formación de un ministerio de tan corta talla, que no tiene rival ni en los tiempos conocidos ni en los prehistóricos! Arrojados los republicanos, acudan valerosos al campo del honor, griten a voz en cuello, ¡Viva la federal! Y todo este trabajo, tamaña algarazara, ¿servirá para que después de todo paran los montes un ratón?

Ya tenemos Gobierno. ¿Cuántos días viviremos?

—¿Quién quiere venir conmigo a dar un paseo? —Iré Elena, papá, respondió Inés, porque yo tengo que vestir a Clara y tomar la lección a Gastón.

—Bueno, bueno; pues que se despache pronto. Algunos minutos después, se le reunió su hija compuesta y gentil, con su chal africano y su sombrero de paja con cintas verdes. Tomó el brazo de su padre y ambos echaron a andar, haciendo observaciones sobre los cambios que había en la ciudad, sobre la poesía de la mañana, y sobre los mercados; todo sonreía a aquellas horas; legumbres verdes y frescas amontonadas, frutas, arropiadas, flores hermosas, que llenaban los carros de las lecheras y un perfume de alegría sobre la frente de todos los transeúntes.

—La tarde es menos alegre que la mañana, dijo Juvenal; las flores están ajadas por el sol, las frutas han perdido su frescura; los pájaros no cantan; no me gustan las tardes.

—¡Oh! papá; ¿pero y los paseos y los bailes?

—¡Los bailes! ¿Qué quiere decir eso? ¡No te gustan nuestras reuniones de familia? ¡Oh hija mía! Encuentro lo más estúpido del mundo vestirse de punta en blanco a las nueve de la noche para presenciar una partida de whist o bailar un rigodon cuya música no vale la pena de oír.

Elena calló, más bien por respeto que porque tuviese convicción. Llegaron al campo; Juvenal volvió a examinar una y otra vez aquellos deliciosos paisajes que le eran tan conocidos; las laderas cubiertas de viñas, el río estendiéndose en el fondo; las encinas, los castaños, árboles exencialmente franceses, y por encima de todo las cimas nebulosas de los Alpes, como escaleras gigantescas hacia el cielo.

—¿Cuanto mejor es esto que el Atlas! Razón tiene el que dijo: «Cuanto más he estado en el extranjero, más amor he cobrado a mi patria».

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LA MUJER DE UN OFICIAL,

por

MAD. BOURDON.

(Continuación.)

—Es aún peor que eso; es un insulto. Es mi primer lance; pero no será de seguro, el último; mi destino me empuja hacia ellos.

—Eso es una preocupación y una funesta indignación que es preciso desterrar a toda costa. Acaba usted de llegar al regimiento; no tiene Vd. enemigo... ¿Qué motivo hay para alimentar esas culpables propensiones?

Alberto movió la cabeza lanzando un suspiro: parecían tan desgraciado como misterioso y me entró viva curiosidad. Había ciertamente un fondo de gravedad en el asunto, mucho más que las bromas de un veterano a un recluta que habían motivado el duelo. Parecía estar profundamente herido en el corazón. Si fuese hijo mío, dije para mí, ¿qué quisiera que hicieran con él?

Y con esta reflexión dulcifiqué mi acento y le dije:

—Hábleme Vd. con confianza. Soy jefe de Vd. y tengo el derecho y el deber de protegerle; conozco a su familia de Vd. y quiero hacer hacer algo por Vd. Entonces levantó la cabeza.

—Vd. conoce a mi familia? Vd. sabe quién soy?

—Seguramente; ¿pero eso qué tiene que ver con el fondo de la cuestión que aquí tratamos?

—Pues, precisamente: he tenido la debilidad, al llegar aquí, de tomar prestada una pequeña cantidad para comprar algunas cosas y alimentarme algo mejor; esperaba recibir dinero de casa... Pero, ya conoce Vd. a mis padres; su posición y...

—Y también la excesiva prudencia de su padre de Vd.; le interrumpí, para que no dijera otra cosa peor, una frase que me pareció muy oportuna.

—Si señor, su prudencia y el miedo de mi madre, ó como Vd. quiera, les ha impedido enviarme el menor socorro, a mí, ¡a su hijo único! que no he cometido otra falta que no poder transigir con sus ideas acerca del empleo de su fortuna. Tomé una cantidad: no he podido pagar; mi acreedor ha sido indiscreto y desde entonces llueven sobre mí los insultos. Por eso he tenido un duelo y tendré otro y moriré batidome; me contento con que me maten, ya que no debe uno atentar contra su vida!

Hablaba como un hombre desesperado; se creía en el extremo de la desgracia y en realidad es bien desventurado. Yo hice, Teresa, lo que tú hubieses hecho en aquel caso.

—No se batirá Vd. más, le dije: Yo le prestaré a Vd. los 150 francos que debe; pero con la condición de que no haya más duelos ni más disposiciones de que se aplique y sea digno de sí mismo algún día.

Me miró con aire sorprendido y con la expresión de la más viva gratitud, hasta el punto de conmovirme.

—Mi comandante, exclamó, me salva Vd. la vida; hubiera muerto de vergüenza. Si alguna vez faltó a mis deberes, bastará que me recuerde Vd. lo que hoy hace por mí!

Dicho y hecho. Una hora después le envié un billete de Banco y tres monedas de oro; y en seguida me he puesto a escribirle, seguro de que recibiría un placer. Albertina no se figuraría que llegaría este caso el día que tan mal te recibí! Esta es nuestra venganza; ella no la sabrá, pero la sabe Dios.

Adios, querida mía; dicen que volveremos a Francia para el 15 de Agosto. ¿Qué felicidad! Mil besos a mis hijos. Tuvo

rá? Este es el problema que resolverán los federales acazo la próxima semana, presentando nuevamente sus fuerzas en correcta formación ante los leones del Congreso para deshacer lo hecho por que si, pues no podemos hallar mejor explicación; lo que ha tenido por conveniente hacer el pueblo soberano en uso de su derecho.

El Sr. Pi y Margall, que hace dos días fué despedido de la Cámara, vuelve a la gracia federal por que si. Cuando ayer el pueblo soberano preguntaba quién es Pedregal? Quién conoce a Cervera? hoy se olvida de inquirir quién es Ladio, y quién Anrich. Pero todo se andará.

Anrich es un capitán de navío muy conocido en la armada pero desconocido por completo en la política. Ladio es un comerciante de Mahón. Por estos datos que exponemos y por otros muchos que callamos, hemos de creer que el entusiasmo con que ha sido acogido el nuevo ministerio de transición entre los dos elementos de la Cámara federal, no tardará en enfriarse, pues a no dudar, las fuerzas opuestas que han de dar movimiento a los nuevos manifiestos darán lugar con sus desordenados impulsos a que se estropee el mecanismo, inutilizando el juguete.

Preparémonos pues a nuevas agitaciones, precursoras del ministerio de la semana próxima, acompañado tal vez del imprescindible motín de la semana.

Los voluntarios de la república sólo estuvieron con las armas en la mano el tiempo preciso para que las deliberaciones de la mayoría de la Asamblea tomaran el giro conveniente a sus propósitos. No quiere esto decir que el ministerio que se confeccionó bajo la presión de la actitud amenazadora del pueblo armado satisficiera por completo a los impacientes, sino que el temor de que el soberano reinante, en un momento de mal humor, retirase sus poderes a los padres de la república, pudo influir poderosamente en hallar una ocasión cualquiera, pero al fin una solución, a la crisis que amenazaba prolongarse indefinidamente.

Apenas se supo que ya teníamos ministerio y que la Asamblea había encontrado un Gobierno más o menos conciliador, los republicanos colocaron en el rincón del hogar doméstico sus más convincentes argumentos, el pálico desapareció, aunque no tanto que pudiera ser reemplazado por una ciega confianza, y el público principió a circular sin volver la vista atrás. Démonos, pues, la enhorabuena de que el conflicto haya terminado pacíficamente, aunque sea para reproducirse en el momento menos pensado con más violencia.

Un día de vida es vida.

El Sr. Figueras ha abandonado la vida política a todo vapor. Ha probado, sin embargo, que tenía gran afición a la carrera. Antes de soñar que la república pudiera triunfar en España, admitiendo casi como imposible la hipótesis, no ocultaba a sus amigos su convicción de que con ella sería imposible gobernar, y que los primeros que tendrían necesidad de emigrar serían los apóstoles de la nueva idea.

Señal la tierra ligera. Su muerte ha sido menos llorada que su vida. El duelo, ó sea el Sr. Ruben, se ha despedido en Alcalá. *El Estado Catalán* no ha podido sobrevivir a tamaña desgracia.

Una coincidencia que no debe pasar desapercibida.

A los cuatro meses justos de desaparecer la monarquía, el Amadeo de la república ha tenido que escapar como el Azaote de Italia, sin más diferencia que la de haber estado esperado a la mañana siguiente y haber aquel partido la noche antes, y la de que el Monarca destronado tomó la dirección de Poniente y el presidente presunto de la federal se ha dirigido hacia Oriente, como los Reyes Magos, sirviéndole de estrella su paisano Donadon y teniendo que volver la espalda al astro luminoso de la república.

El 11 de Febrero y el 11 de Junio son el paréntesis donde se encierra ó la órbita que marca la historia del primer mártir republicano.

Dícese que una de las primeras medidas que adoptará el Sr. Estévez al hacerse cargo de la dirección de la Guerra, es la revisión de las hojas de servicio. Bueno será que no cobren esperanzas demasiado lisonjeras las clases militares antes de ver puestos en práctica tan bellos proyectos, pues se nos antoja que con los variables vientos que reinan, querer no es poder, y la buena voluntad del Sr. Estévez se estrellará probablemente en la mala voluntad de los creadores del nuevo ejército de la república, destinado a eclipsar las glorias del valeroso ejército de África y aun la de las antiguas legiones romanas.

Atribuyese también al Sr. Estévez grandes proyectos de reorganización del ejército, arreglo de la cuestión artillera y un sistema de reemplazo bueno, bonito y barato.

Lo que fuere sonará.

Hoy probablemente irán los generales residentes en Madrid a felicitar al nuevo ministro de la Guerra, Sr. Estévez, y a ponerse a sus órdenes.

Hemos oído asegurar que dos capitanes generales, hermanos, cumplieron ya ayer tarde con ese grato deber.

Se asegura que el general Pierrard será nombrado capitán general de Castilla la Nueva. Para el gobierno civil de Madrid se indica al Sr. Rubio.

No comprendemos qué se proponía *La Esperanza* al llamar la atención de la prensa republicana en uno de sus últimos números, hacia el hecho de que algunos hombres conocidos del partido moderado, que hoy se hallan en el extranjero, hayan sido clasificados con opción a derechos pasivos.

La indicación es verdaderamente extraña é impropia de un periódico serio y formal como es nuestro colega.

En Julio de 1848 escribía M. Carlos Hugo, hijo del republicano socialista Víctor Hugo:

«Cuando se sonda la terrible insurrección que acaba de espantar a Francia, Europa y el mundo ven en ella:

Un grupo de hombres ambiciosos que disfrazan su egoísmo con un falso amor al pueblo y que hacen de su rostro triste y doliente la máscara con que encubren una irónica sonrisa.

Se ven egoístas intigantes y bribones. Egoístas que piden la soberanía del pueblo, no para disminuir la miseria de este, sino para aumentar su propio bienestar.

Intrigantes que quieren robar el poder en una cartera.

Bribones que quieren robar en ella billetes de banco.

Se ven también: Clubs, especie de hornillos en los que se atiza la revolución.

Perfidiosos, especie de cocinas en las que se envenenan los ánimos.

«Oh, hombres populares! ¡He aquí vuestros cálculos! ¡He aquí vuestro pensamiento! ¡He aquí vuestros sueños! ¡Explotar en provecho vuestro la miseria de las clases que sufren, excitarlas, mantenerlas en efervescencia y lanzarlas, confiadas y crédulas, hacia un objeto que no es el bienestar para ellas, sino el poder para vosotros!»

Y esto lo hacéis a sangre fría, tranquilamente, sin temerle.

¡Habrá tenido a la vista. *El Estado Catalán* estos axiomas en sus postimerías?

El capitán general de Madrid, Sr. Socías, arrebatado por sus subordinados, ha sido puesto en libertad, bajo palabra, según dice *La Correspondencia*, de no mezclarse en las cuestiones políticas. Para facilitar el cumplimiento de su promesa, el Sr. Socías ha hecho espontáneamente la dimisión de su cargo.

No estaba anoche feliz *La Correspondencia* en sus noticias y rectificaciones.

Niega que los Sres. Pierrard y Contreras se hubieran establecido en el ministerio de la Guerra *motu proprio*; y sin embargo, es cierto que de orden del primero, que como el segundo carecía de todo carácter oficial, se procedió al arresto del capitán general Sr. Socías y algunos jefes de la Guardia civil, así como se destituyó a un coronel jefe de cuerpo.

Si *La Correspondencia* desea tener algunos pormenores del arresto del Sr. Socías, puede informarse del Sr. Lopez Carraña, portador de la orden del Sr. Pierrard.

Dice *La Correspondencia* de anoche que el viaje del Sr. Figueras no fué improvisado, y que de él tenían conocimiento varios de sus amigos. Podrá ser esto exacto; pero mal se ayiene con que los ayudantes que tenía a sus órdenes le buscaran inútilmente ayer mañana en el ministerio de la Guerra, y en el Congreso, y supieran con asombro que a la una de la noche anterior había salido en tren especial para el Norte.

Como habíamos anunciado, se ha verificado la reunión de tenedores de las obligaciones municipales del Ayuntamiento de esta capital: la concurrencia fué numerosísima, representando entre los asistentes sobre unas 48,000 obligaciones. Reinó gran cordialidad y un pensamiento común en los concurrentes, acordándose nombrar un sindicato con poderes amplios para que gestione activamente ante el Municipio, Diputación y las Cortes, cuanto concierne a los intereses de los mismos, tan desatendidos y olvidados desde hace tres años por parte del Municipio.

El sindicato lo componen personas muy respetables y conocidas en los círculos mercantiles, y son: presidente, D. Alejandro Ramírez Villaurrutia; vocales, D. Sisebuto García, D. Enrique Cisneros, D. Domingo Artaza, D. Julian Diaz Bustamante; suplentes, D. Eugenio Pierrard y D. Eusebio Guinea; secretario, D. José Alberni.

Desearnos a estos señores un gran éxito en sus gestiones, si bien dudamos que en estos tiempos de igualdad y justicia alcancen lo que con tanta razón solicitan.

Los meetings de obreros en Inglaterra son cada vez más numerosos y de peor carácter. El último celebrado en Londres se componía de más de 50,000 personas que recorrían pacíficamente las calles, pero sin que, a pesar de esa templanza aparente, dejaran los oradores de manifestar que nada tenían que esperar de los jueces elegidos entre la aristocracia del nacimiento ó del dinero, oficiales y propietarios, que no juzgaban nunca con arreglo a la ley, sino con arreglo a sus pasiones ciegas y desenfrenadas; por lo cual la justicia inglesa es inaccesible a los pobres: que estos tampoco gozan las ventajas de las leyes civiles y políticas, y que quieren que caiga una legislación tan desigual y tiránica.

Los asistentes al meeting marchaban de cuatro en cuatro y ocupaban más de dos millas: iban precedidos de músicos y de sus jefes a caballo: llevaban banderas con inscripciones alusivas al objeto, que ha sido protestar contra todo, pero principalmente contra la magistratura inglesa en todos sus grados.

A los que conozcan el respeto que hasta ahora han tenido los ingleses a las autoridades, lo cual nacía más que de la ley, de las costumbres, les asombrará el progreso que han hecho las ideas revolucionarias en la Gran Bretaña.

Lo hemos ya dicho a nuestros lectores y lo repetimos: si estalla en ese país la revolución, será terrible, porque la constitución de la sociedad inglesa, es de tal modo que se presta mucho más que Francia y España a pretextos para pedir reformas.

De todos modos, el espectáculo es para estudiado: cuando hasta en Inglaterra se tocan los trabajos de la Internacional, que no es otra cosa lo que sucede allí, hora es ya de temer que venga un cataclismo sobre la Europa entera.

La primera sesión de la Asamblea francesa se abrió el jueves con la retirada de la proposición presentada hacia algún tiempo por el conde Jaubert relativa a la revisión de las ofertas dirigidas a la Asamblea. El diputado del Cher motivó este paso en que las disposiciones del Gobierno actual eran bastante protectoras de la autoridad de la Asamblea nacional, para que no conceptuase superflua la proposición de que era autor.

Después de esta manifestación de confianza dada al nuevo Gabinete, otro diputado de la mayoría, M. Hervé de Saisy, puso sobre la mesa una interpelación acerca de los nombramientos que creía irregulares, hechos en el personal de Hacienda. La Asamblea señaló para el siguiente día la discusión de esta interpelación, que, según todas las probabilidades, se refiere al ex-jefe

del Gabinete de M. Leon Say, nombrado pagador general del departamento del Marne el día que siguió a la caída de M. Thiers.

El resto de la sesión se consagró a discutir una proposición de M. Bompard, y otros diputados de los departamentos del Este, sobre declarar exentos del timbre proporcional los empréstitos contratados por las municipalidades para saldar los gastos de la ocupación extranjera.

Las noticias que se reciben en París sobre la marcha de la política en España, distan mucho de ser tranquilizadoras. La circunstancia de insistir en retirarse del ministerio los Sres. Figueras y Castelar, campeones decididos de la república federal, hace temer que ni siquiera es ya posible esperar, aun dentro de esa definición de gobierno, términos razonables.

Esta creencia es general y ha producido entre los franceses que tienen intereses ó negocios en España una desconfianza inmensa. Como prueba de la decisión del Sr. Castelar de dejar su puesto, hay un despacho telegráfico dirigido al Sr. Olzaga en contestación a la sexta dimisión que ha presentado, en el que el ministro le ruega siga en su cargo hasta que cesen los dos a un tiempo, lo que no se hará esperar.

La *Politica Europea*, en vista de esta pregunta, dice:

«Qué es lo que en España va a suceder cuando hasta el Sr. Figueras y el Sr. Castelar dejan el poder, asustados en duda de su propia obra? Esta es la pregunta que todos hacen.

Como es natural, la desconfianza crece y se va haciendo proverbial la idea de que si nuestro país no sufre un marasmo, se convertirá en un foco temible de perturbaciones para sus vecinos.»

Comienzan en París a hacerse indicaciones que tienden a ser más explícitas, sobre las condiciones y circunstancias en que se hizo el último empréstito por el Gobierno de M. Thiers, para reunir fondos y apresurar la liberación del territorio. Las insinuaciones de algunos periódicos, recogidas por otros, son como las avanzadas de la batalla que al cabo puede darse entre los partidos en que la Asamblea está dividida.

Parece que los asuntos financieros van a tratarse en primer término. Ya hemos indicado que hay quien desea se discutan los actos del Gobierno llamado de la defensa nacional: han venido después las alusiones a que arriba nos referimos sobre el empréstito: el ministro de Hacienda está estudiando la cuestión relativa al pago de 325 millones que se deben a la empresa del ferrocarril del Este, por la cesión a Prusia del camino de hierro de Alsacia-Lorena. Hay pues, materia para debatir ampliamente. Esta última cuestión, será sin duda la primera que se discuta en la Cámara.

Dícese que el nuevo ministro de la Guerra francés trata de que se termine cuanto antes el proceso del mariscal Bazaine, cuyo expediente, hace meses estaba en poder del ex-presidente de la república, quien no había hallado un momento de lugar para ocuparse de este asunto. Parece que la esposa del mariscal Bazaine ha dirigido una carta al presidente de la república, rogándole que influya en que se resolviera la suerte de su esposo, que hace cerca de un año se encuentra detenido preventivamente.

Parece que vuelve a tratarse en Francia de presentar un proyecto de ley, fijando la duración de los poderes del nuevo presidente de la república.

Según el *Ordre*, esta es una maniobra cuyo objeto es excusado indicar.

En realidad para los promotores de esta idea, no tanto se trata de fijar el tiempo que han de durar los poderes del presidente, como de encontrar por este medio una nueva ocasión de afirmar la república, como lo hicieron cuando la proposición Rivet, y como trató de llevarlo a cabo M. Thiers en la primera redacción, que fué desechada, del preámbulo del proyecto de los treinta.

Para conocer las tendencias de este proyecto, bastanos saber que ha sido adoptado por la fracción del centro izquierdo que nace de la institución republicana, condición precisa de todas sus alianzas.

El príncipe Torlonia, al ver la persecución que sufren los jesuitas en Roma y el despojo de sus casas, ha ofrecido al general de la Orden reverendo padre Beckas y a toda la corporación romana, hospitalidad en su magnífica villa Torlonia, conocida y admirada en Europa.

El rasgo es verdaderamente de príncipe, y ha llamado mucho la atención en Roma.

El centro izquierdo de la Cámara francesa se ha reunido para elegir su junta directiva. M. Casimiro Perier aún no ha aceptado la presidencia de ella, pero los diputados de esta fracción están decididos a elegirle presidente.

La *Liberté* desmiente el rumor de que se hace eco de un diario de la mañana, y según el cual el Sr. Nigra había entregado al duque de Broglie una nota del Gobierno italiano, pidiendo al nuevo Gobierno francés la seguridad de que reconocía los hechos consumados en Italia.

La *Liberté* no sólo califica de falso este rumor, sino de absurdo y contrario a todos los usos parlamentarios.

La unión republicana de la Asamblea francesa ha procedido a la renovación de su junta directiva, habiendo sido nombrados: Presidente, M. Briller; vicepresidentes, MM. Cazot y Laurent Pichat, y secretarios, MM. Perin y Gandy.

Los alemanes han principiado a usar de las facultades alusivas que en asuntos religiosos les han dado las nuevas leyes promulgadas en Prusia. Ya se ha elegido por los que se llaman católicos viejos un obispo que ha aceptado sus funciones. Es el doctor Reinkens. Llámense viejos católicos y prescindir así de las instituciones canónicas, modificando a su gusto lo que bien les parece, es el colmo de la desfachatez.

Ha estado unos días en París M. de Baust, embajador de Austria en Londres, para cuya capital salió de Boulogne el jueves, acompañado del baron Fabricio, ministro de Sajonia en Inglaterra.

Ha circulado en Versalles el rumor de que

los deportados en Nueva Caledonia, habían sido sobre sus viviendas un pelazo de tela roja, y que el gobernador de la colonia, antes de prohibir y por si podía producir una colisión, lo consultó al Gobierno de la metrópoli. Este, desahogado, contestó que bien podía permitirse un desahago a aquellos desventurados.

Por supuesto que en esta historieta somos meros narradores.

Se ha detenido por las autoridades francesas de la frontera un número considerable de folletos titulados *Les nouvelles couches sociales*.

Están firmados por Julio Andrieu, ex-miembro de la *Commune* de París, y dedicados a M. Gambetta.

Se anuncia la dimisión del general Canrobert, que era individuo del Consejo Supremo de la Guerra de Francia, y presidente de una comisión relativa a la organización del arma de infantería.

La estadística recientemente publicada por la administración de Francia, es poco satisfactoria. Resulta de ella que en París hay 39,609 familias inscritas en la asistencia pública; es decir, que 180,000 personas que es la décima parte de la población, son absolutamente pobres.

Las desgracias por que ha pasado aquella nación, no podían dejar de influir en el bienestar general.

Competentemente autorizado, declara el *Ordre* haberse unido un manifiesto de la Emperatriz Eugenia que ha publicado el periódico de Londres titulado *The Pall-Mall Gazette*.

Un telegrama de Versalles, fecha 10 del corriente, que publicamos en el lugar acostumbrado, nos anuncia el resultado de la primera escaramuza en la Asamblea de las oposiciones contra el Gabinete del mariscal Mac Mahon.

Tratábase de la supresión del periódico intransigente *Le Corsaire*, que dio ocasión a una intersección en la cual tomó parte Gambetta.

Setenta y ocho votos de mayoría tuvo el ministerio, los cuales si se comparan con los 16 por que fué vencido M. Thiers dan un aumento de 62 votos en el co to espacio transcurrido entre la votación del 25 de Mayo y la del 10 de Junio, ó sean quince días.

Teniendo en cuenta la participación que ha tenido en la refriega el *leader* de la extrema izquierda, el Gobierno francés debe estar altamente satisfecho del triunfo que ha obtenido, sintoma evidente de que el país, representado por la mayoría de la Asamblea, está ávido de soluciones conservadoras.

El *Journal officiel* de Francia ha publicado una nota que elogia la prensa parisiense, en la cual se lee la siguiente declaración respecto a las felicitaciones de los Ayuntamientos:

«El mariscal Mac Mahon agradece los testimonios de confianza que le demuestran las municipalidades; pero encargado de velar por la estricta observancia de las leyes, no puede alentar ni aprobar mensajes cuya legalidad es dudosa.»

«Qué diferencia entre el lenguaje del Gobierno actual, negándose a admitir estas felicitaciones, y las cartas de M. Barthélemy Saint-Hilaire, secretario general de la presidencia anterior, excitando a las Diputaciones provinciales y a los Ayuntamientos a felicitar a M. Thiers.»

Hé aquí la descripción que hacen de Berlín de la brillante gran revista que se verificó en Tempelhof el 4.º del corriente en honor del Shah de Persia.

A las diez llegó la Emperatriz en un landó tirado por seis caballos y guiado por tres postillones, a cuyo carruaje seguía otro semejante en que iba la princesa real. El príncipe iba de uniforme de mariscal de campo y montaba un hermoso caballo bayo.

A las once en punto llegó el Shah en un coche tirado por seis caballos; pero con gran disgusto del público, el Emperador no se presentó, a consecuencia de una ligera indisposición que no le permitió salir de Palacio.

Un magnífico coral esperaba al Shah en el campo de maniobras. El público admiró la gracia y la facilidad con que monta, que formaba un verdadero contraste con la tiesura de los giunets prusianos.

Al empezar el desfile, el Soberano de Persia se colocó a la derecha del príncipe imperial a quien dirigió las frases más lisonjeras sobre el aspecto de las tropas en francés, único idioma extranjero que es familiar al Shah.

Aquella misma noche hubo gran comida en Palacio, a la cual tampoco asistió el Emperador Guillermo por igual motivo que impidió su presencia en la revista. La Emperatriz augusta propuso un brindis a la salud del Soberano persa, al cual contestó éste con la más exquisita cortesía.

Ya ha salido de las costas de Inglaterra, la bella escuadra que va a recibir en Amberes al Shah de Persia, quien desde Berlín y pasando por el Rhin va a Bruselas y Amberes para estar el día 18 en Londres. La gran fiesta que le da la ciudad es el 20 de Junio y después irá a Escocia.

En Berlín las fiestas en honor del Shah de Persia se suceden sin interrupción, así como en Viena en honor del Emperador de Rusia. Parece que en esta última corte se tomaron algunas precauciones contra la posibilidad de que polacos exaltados, repitieran lo que uno de estos hizo con el Emperador Alejandro cuando la Exposición de París.

DESPEDIDA

El Estado Catalán desapareció ayer del estadio de la prensa, participando a sus suscriptores y al público en una hoja extraordinaria. Dice que no sabe si será por pocos días, ó para siempre, pero que se retira con el triste convencimiento de que la república es imposible en España. Esta declaración es inapreciable en aquel diario: pudiéramos hacer muchas consideraciones, pero las omitimos en la seguridad de que no serían más eloquentes que las que se desprenden de la lectura de tan interesante documento. Pide a la prensa que reproduzca su despedida y por nuestra parte accedemos con sumo gusto a sus deseos. Héla aquí:

«Tenemos el disgusto de participar a nuestros lectores y al público en general, que suspendamos nuestra publicación; quizá para pocos días, quizá para mucho tiempo.

Al aparecer en el estadio de la prensa en Madrid, sobimos perfectamente, que íbamos a imponernos grandes sacrificios. Jamás entró en nuestra mente la idea de especulación ó de negocio. íbamos a luchar contra la corriente, y no se nos ocultaba que en la lucha debíamos estar solos ó casi solos. íbamos a luchar además persuadidos de que la misión de la prensa es una misión muy alta y no habíamos de separarnos de ella por nada que por nada; siempre habíamos de bravar de nuestra pluma lo que creyéramos la verdad, por más que nuestros escritos debiesen enagenarnos simpatías. Un periódico que con tales condiciones nace en nuestro infortunado país, no puede aspirar a grandes adelantos. Aquí sólo alquiere vida robusta el que vende su conciencia a un ministerio y aplaude de todos sus actos, ó el que gestacula y vocifera y se hace esclavo de las pasiones de las masas y las exalta y contribuye cada vez más a su extravío.

«Pero nada nos importaba el sacrificio que ya previamos y calculamos de antemano. Hay, más todavía, el sacrificio ha sido menor de lo que podíamos esperar. No es, pues, la idea de perder más dinero la que principalmente nos obliga a suspender nuestras tareas. Hoy, entráramos casualmente en el período de ganarlo. Lo que más nos impulsa es el veros impotentes, el habernos persuadido de que hoy no puede hallarse en parte alguna remedio a los males que nos consumen.

«Durante estos últimos tres meses, hemos luchado desesperadamente contra la realidad de los hechos, buscando con avidez una tabla a que agarráramos y fundar la última esperanza. Hemos pasado revista a todos los elementos del partido federal y ninguno hemos encontrado a quien poder prestar apoyo, a quien comunicar enajipe. Los que han tomado la calificación de nosotros nos dimos, los que se engañaban llamándose intransigentes, lo son sólo en el sentido de no permitir que otros que ellos arrastren la precaria y triste vida del que como del presupuesto, estando dispuestos a defender su privativa en todos los terrenos. Los que se llaman benévolo, aspiran a lo mismo; y para defender su situación a todo están también dispuestos, hasta a la bojería más repugnante. Entre unos y otros agitanse infructuosamente los elementos sanos, que algunos hay, aunque pocos, elementos sanos que transigentes y benévolo se arrojan del uno al otro dando cal pelota, apoyándose en su candidez y en su falta de decisión unos y otros para lograr sus fines bastardos.

«Y ni entre unos, ni entre otros se encuentra una figura, una voluntad capaz de dominar la situación. Cada día que pasa, cada hora que se pone en evidencia, es motivo de un nuevo desaliento. Y no hay que esperar que surja del seno de la revolución el que pueda salvarnos, pues que después de cinco años que de revolución llevamos, conocemos perfectamente a todos los hombres, a todos los elementos con que podemos contar. No ha de salir ni uno nuevo, como sucede cuando se viene de una situación tirante, de una situación restrictiva que impide que se manifiesten muchos que valen por su carácter ó por su talento.

«El desaliento, pues, se ha apoderado de nosotros. Nada esperamos ya. En nadie confiamos. Nuestra voz se ha perdido en el vacío, que es lo único que en España existe. Quisimos llegar al Congreso para hacer el último esfuerzo para quedar completamente tranquilos, y las puertas del Congreso se nos cerraron; señal evidente de que el país no está con nosotros, ó de que sigue todavía cual manso cordero al que quiere convertirse en su pastor y halaga sus debilidades. Seguros estamos, pues, de haber hecho cuanto podíamos, más de lo que debíamos, pues que nuestro deber de ciudadanos que jamás hemos hecho ni pensamos hacer carrera de la política, no se extendía a tanto.

«Cual si nos faltara pasar por la última vergüenza, en este momento está Madrid convertido en un campamento, y la fuerza armada se dispone, cual el jefe de los galos que invadían a Roma, a echar en la balanza el peso de su edad. Dentro de la situación república, dase más importancia al derecho de la fuerza que a la fuerza del derecho. La situación actual es completamente parecida a la de la decadencia de Bizancio. Los verdes quieren a toda costa triunfar de los azules, y los azules de los verdes, no pudiendo la patria esperar de los unos ni de los otros más que negociaciones, más que vergüenza, más que impotencia; pues que ni unos ni otros tienen ideas ni vigor, pues que ni unos ni otros son capaces de decirnos en qué se distinguen de sus contrarios.

«No hemos perdido la fe en nuestros principios. Hoy más que nunca los creemos sólidos, hoy más que nunca estamos enamorados de ellos, como el padre exagera las perfecciones del hijo moribundo. A lo hemos perdido, sí, y completamente, en los elementos de que disponemos, en la posibilidad de aplicar nuestro ideal a España. Seremos, pues, siempre amantes de la federación y de la democracia, pero seremos amantes platónicos, y cuando veamos las tristes, las horriboras circunstancias que quizá nos envolverán dentro de poco; cuando veamos que la impotencia nos consume; cuando contemplemos las sensibiles convulsiones de la agonia de nuestra patria, cuando veamos cómo se agitan nuestros males; lloraremos amargamente que un conjunto de circunstancias tan extraordinarias hayan hecho imposible hasta la prueba de nuestro sistema.

«Nos retiramos, pues, desalentados, sin esperanza en la salvación de España, pero sin que haya menudado en lo más mínimo la fe en nuestros principios. Si nos engañamos al juzgar de la situación del país, si llegamos a creer que podía regenerarse; si nos hicimos la ilusión de que podríamos ser escuchados, nadie tiene derecho a burlarse de nuestra candidez, que reconocía por causa de un mal gobierno, que nadie tampoco derecho a acusarnos de haber contribuido a perturbar al país, pues que con la mano en el corazón han de confesar todos los españoles que hace años, muchísimos años, quizá siglos, que España no tiene ya nada que perder; que su situación es la más triste de las situaciones.

«¡Ojalá nos engañáramos en nuestras apreciaciones! ¡Ojalá que el país se reaccionara e hiciera posible lo que hoy consideramos imposible a todas luces! Por nuestra parte, así como hoy confiamos nuestra equivocación con dolor, que sale del fondo del alma, con alegría confesáramos que hoy nos equivocamos, y nuestras escasas fuerzas se consagrarían de nuevo a la santa causa que hemos defendido.

«De nuestros colegas en la prensa, así de Madrid como de provincias, de los que tantas atenciones hemos merecido, esperamos la última, y les rogamos que si les es posible reproduzcan la presente despedida. ¡Quizá contribuya ella a que el espíritu público se reaccione; quizá a que, se sea posible lo que hoy consideramos imposible! Si esta ilusión llegara a ser una realidad, nos despediríamos por pocos días; si no llega a serlo, si todo continúa como hasta hoy, si no nos resta decir a los españoles la última verdad; sólo nos resta repetir la grandiosa y terrible frase del Dante:

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

Madrid 11 de Junio de 1873. *La Dirección.*

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

«¡LASCIA TE OGNI SPERANZA!»

